

PROLOGANDO UN PRÓLOGO

Rosa Sanmartín Pérez
Universitat de València

Hace unos años conocí a un señor que se hacía llamar Miguel Ángel Baamonde, estudioso inagotable de la figura de Antonio Machado, enamorado de su poesía, su dramaturgia, su filosofía y su persona. Enamorado, todavía más si cabe, de la que fue su primera esposa, Leonor Izquierdo.

Y así fuimos trabando una amistad basada principalmente en el estudio de uno de los personajes más relevantes de la cultura del siglo XX, compartiendo estudios, novedades, descubrimientos.

Un día me hizo un regalo. Un par de librillos antiguos, de aquellos escritos con máquina de escribir, también antigua, donde las erratas no se podían borrar con solo apretar un botón, sino que permanecían para siempre en esos folios, ahora amarillentos, «llenos de polvo», como dice su autor.

Me sorprendió, no solo por lo antiguo, sino porque no eran de su gran pasión, Antonio Machado, sino que eran de otro de los grandes genios del XX, Federico García Lorca.

Al inagotable don Miguel Ángel se le había ocurrido «perder el tiempo» dramatizando una de las obras más importantes del poeta, el *Romancero Gitano*.

Me lo ofreció como un regalo, supongo que para cambiar de aires, sin más importancia que la que tiene regalar a alguien con quien compartes estudio, algo que estaba en los estantes de tu librería, cubriéndose de polvo, y sin más ánimo que ese, encontrar a alguien a quien le gustara perder el tiempo, y con el que ya se compartía mucho más que unos comentarios al margen.

Por mucho que su autor se empeñaba en decirme que eran unos escritos de hacía cincuenta años, sin pretensión ninguna, que no tenían ningún valor documental ni artístico, no pude reprimir empezar a leer aquellos textos. Y empiezo por el prólogo, que es como se suelen empezar esos libros que los llevan; por el principio.

Habla en él de que escribe porque le gusta perder el tiempo, porque no tiene otra cosa mejor que hacer que escribir y después dejar perder su trabajo en una estantería; habla de que no necesita que nadie le lea, porque no hubo pretensión en ello; y, aunque no lo diga, supongo que tampoco tenía pretensión de que se le publicara.

Han pasado cincuenta años de aquello y la curiosidad por lo viejo no permite que coloque el trabajo, también en una estantería, y continúe llenándose de polvo. Decido leer cada una de esas dramatizaciones. Y me encuentro con un trabajo complejo, por lo que supone reescribir a García Lorca, y por lo complicado que es, desde mi modesta opinión, hacer dramaturgias. Un trabajo lleno de pasión, de comprensión de la visión lorquiana...

Y no puedo reprimir aprovecharme de los documentos y proponer su publicación, no al autor, al que no sé si en alguna ocasión le hablé de mi intención de publicárselo en *Stichomythia*, cosa que le alegró, pues los años nos hacen menos ingenuos y díscolos, y mucho más permisivos, sino

al director de esta revista que nació en el año 2002 y en la que he tenido el gusto de participar, también dramaturgo y gran conocedor de la historia teatral. Como en la mayoría de los casos jugué con la ventaja que tiene jugar con los «buenos», en el buen sentido de la palabra, y por respuesta obtuve la aceptación del director, sin consentimiento del autor, para publicar unos papeles que llevan escondidos en algún lugar cincuenta años.

Así que aprovecho este prólogo del prólogo, redactado como tal por el autor y no modificado por su transcriptor, para dar las gracias a uno por permitirme publicar y trabajar sin cuestionamientos ni obligaciones, al otro por regalarme este documento de gran valor sentimental y, según mi opinión, literario. Espero que quien se lance a leer, en estos aparatos que nos permiten un borrado rápido de nuestras erratas, disfrute de su lectura tanto como lo hice yo.